

GACETA MÉDICO-VETERINARIA

REVISTA SEMANAL

AÑO XIII.

Miércoles 21 de Mayo de 1890

NÚM. 577.

En la dedicatoria del libro: *Ensayo de Fisiología filosófica y general*, escrito por el catedrático de la Escuela de Veterinaria de Madrid D. Jesús Alcolea y Fernández, se leen las siguientes palabras dirigidas á el también catedrático D. Santiago de la Villa y Martín:

.... Á V. DEBÍ, DESPUÉS, EL OBTENER LA CÁTEDRA DE FISIOLÓGIA EN LA ESCUELA DE SANTIAGO; Á V., Y SÓLO Á V., DEBO LA QUE HOY OCUPO....

SUMARIO.

Sección editorial: Zootecnia.—*Sección científica:* Importancia del estudio de Historia natural.—Economía rural (continuación).—Enseñanza de la Agricultura en las Escuelas primarias de Francia.—Continúa y continuará.—Suma y sigue.—Lista de los profesores que no solamente no pagan sino que ni la cortesía les permite contestar á las cartas que se les dirigen.—Anuncios.

SECCIÓN EDITORIAL.

MADRID 21 DE MAYO DE 1890.

ZOOTECNIA

Es un hecho innegable que la Zootecnia es uno de los ramos más esencial é interesante de la Veterinaria en la época actual, y con la cual, bien dirigida, se puede enriquecer en gran manera un Estado, siempre que este le preste su protección y encomiende su dirección á profesores inteligentes y que sepan hacer prestar cuanto sea dable á la producción animal. Por nuestra desgracia y de la riqueza pecuaria no sucede así, porque ni el Gobierno fija como debiera su atención en esta fuente de prosperidad pública, ni mucho menos la confía á las personas, que, por sus estudios especiales, son, ó por lo menos deben ser, peritas en la materia. De este abandono vie-

ne indudablemente nuestro atraso y descrédito en este ramo de nuestra ciencia, atraso que reconoce por causa un origen de mal señalado desde hace mucho tiempo por muchos, cual es la nula instrucción práctica que en las Escuelas se da sobre asunto tan transcendental; y tal vez por esto el poder de la nación, conociendo nuestra escasa instrucción en Zootecnia, no tiene confianza en depositar en nuestras manos la producción pecuaria.

Si tal temor abriga, debemos decir que á él sólo le debe haber la principal responsabilidad de esto, porque, conociendo el mal, no lo remedia, y á más, que haga cumplir al que no cumpla con su deber; pero para exigir esto último, es de absoluta necesidad proporcionar, á los que están al frente de la enseñanza, el material indispensable para que puedan extender entre sus alumnos los conocimientos teórico-prácticos necesarios; sin esta condición es también pedir de ellos imposibles; es como si se exigiese á un general que venciese al enemigo con un numeroso ejército, pero sin tener armas ni municiones.

Para llenar esta apremiante y necesaria condición que con tanta urgencia reclama la enseñanza de la Zootecnia, siempre hemos sido de opinión y acon-

sejado que las Escuelas de Veterinaria debían estar fuera de poblado y en terrenos que, por su extensión y condiciones, se prestasen para establecer en grande escala las prácticas agrícola y zootécnica; y hemos pedido siempre esto, porque dentro de poblado no puede haber esa indispensable condición, y mucho menos existen en las grandes poblaciones donde hoy se hallan establecidas nuestras Escuelas.

Podrá creerse, por lo que antecede, que llevamos la idea de escribir un artículo relacionado con la ciencia zootécnica; pero no es ese nuestro ánimo ni nuestra idea; nuestro objetivo está en otra parte, y á él dirigiremos nuestros ciertos tiros: queremos dar á conocer la sabiduría de determinados maestros, demostrar ante la clase el desbarajuste que reina entre ciertos hombres de suprema ciencia, ó por lo menos que se presumen poseerla, de esos que tanto les halaga y enorgullece el que, muchos sin conocerlos bien á fondo, les den el dictado de sabios, error que es indispensable destruir, aun cuando para esto no necesitábamos hacer este trabajo, porque ellos mismos se han encargado, desde hace poco tiempo, poner de manifiesto ante el profesorado que los observara impasible como se destruyen esos soldados de Cadmio, su inutilidad, su orgullo, su avaricia y, más que todo, su vana pedantería.

Si un día fueron amigos, hoy son enemigos irreconciliables.

Si en tiempo no lejano el Zenit era fiel servidor del Hacha, en la actualidad se muestra el moro más rebelde contra su favorecedor.

Si antes el rifeño, el Zenit, se creía obligado á cumplir las órdenes absurdas de su protector, ha cambiado de modo de pensar y lo fustiga sin compasión, olvidando los grandes favores que el Hacha le dispensó en otro tiempo.

Si siempre han tenido estos rifeños

idénticas ideas, han caminado con unanimidad y acordes por la tortuosa senda de la prevaricación, de las maldades y tropezando á cada paso con los escollos que su descrédito y su torpe mano había colocado en el escabroso camino que seguían; hoy han cambiado de rumbo y han echado cada cual por veredas opuestas.

Si hubo un día en que mutuamente se prodigaban alabanzas, en el de hoy emplean el estigma de la difamación, uno contra el otro.

Si cuando se veían se apretaban la mano con afectuosa cordialidad y franca amistad, hoy esa mano, amiga en otro tiempo, hace cubrir el sañudo rostro de los enemistados de rojo obscuro, sacudiéndose un violento y fuerte bofetón, manifestando así el odio que se profesan.

Si un día el Hacha proclamaba que el Zenit era un sabio, hoy pregona con toda la fuerza de sus pulmones, que no sabe escribir una cuartilla.

Si en otra ocasión el Hacha alababa aquella *Fisiología filosófica* en la que el Zenit con sumisa humildad ha tenido la debilidad de estampar, «que solo á él le debía el sitio que ocupa.» hoy, al aparecer el rifeño con su nuevo periódico, le dice, que la obra que publica es un plagio.

Si hubo un tiempo en que el Zenit estaba conforme en que el Hacha absorbiera la jefatura del profesorado y fuera el único cacique en la clase, hoy le disputa palmo á palmo el mando.

Si en el negocio de expedición de títulos de herradores de ganado vacuno y castradores tenían idénticas miras y les guiaba el mismo interés, en la actualidad el Zenit parece que no está acorde y los alumnos piden la supresión de tan ignominiosos títulos y que tantos perjuicios han ocasionado á la clase. ¿Defenderá á los últimos? Creo que no.

En vista de todo esto preguntamos: ¿Qué ha ocurrido entre estos dos genios del mal? ¿Qué ha mediado entre estos dos pigmeos de la ciencia para que de tal modo se desacredite el uno al otro? ¿Qué causa tan poderosa ha existido para que surja tan honda desavenencia? Lejos de ellos, no podemos decirla con exactitud, aun cuando nos determinaríamos á indicarla por mera presunción. Pero grave debe haber sido, cuando no sólo ha motivado la desunión y ha roto los lazos de la amistad, sino que ha llegado hasta el rencoroso extremo de que el Zenit devuelva á el Hacha los objetos que el último había regalado al primero (estas dádivas, ¿sería por su obediencia?), acompañándolas de una epístola poco edificante y menos grata para Muley el Hacha.

Dada esta excisión, rotos los vínculos de unión que ligaban á estos dos maestros, que en sus ambiciosos proyectos llevaban la malévola idea de absorber al profesorado y tenerlo bajo su onnimoda voluntad de hierro, de limitar la ciencia dentro de un círculo férreo forjado á su capricho y conveniencia, de oponerse con la influencia que su alta posición les da á todo cuanto fuera progreso, que nada les importaba que quedásemos los últimos en la escala profesional ante los profesores de las demás naciones que siguen con veloz paso la civilización y el adelanto científico del siglo que termina, ¿qué será de hoy en adelante de tanto plan concebido? ¿Qué rumbo tomará cada uno de estos satélites? ¿Cual de ellos se inclinará por la recta senda de la moral, de la dignidad y del bien de la clase?

Por ahora nos parece que el Zenit es el que dirige sus pasos por la vía recta é inclinado al profesorado, que si así lo hace, podrá vindicarse ante la clase, y ésta perdonarle sus pasados extravíos; pero aguardemos con calma el desenla-

ce de los sucesos actuales y no nos hagamos ilusiones del bien que de esto pueda resultar al profesorado, porque era fácil que la vuelta del desertor al campo de que ha salido, diera al traste con todas vuestras ilusiones.

Mientras esperáis, reiros de los mag-nates que así se atormentan y se desacreditan mutuamente, que ponen ante vuestra vista lo que son, su avaricia de mando y su orgullo, por si no los conociais, que los conocáis de hoy en adelante; gozar en la guerra que sostienen y dejarlos que se despedacen como lo haría la hiena y la pantera; que todo no han de ser goces para los privilegiados y disgustos para los desheredados. Reiros, compañeros, á mandíbula batiente, viendo cómo los maestros se desacreditan entre sí, pero no sigáis su mal ejemplo.

No creáis que son tan doctos como muchos se figuran; cometen torpezas mayúsculas, que estoy seguro que ninguno de vosotros las cometería, y de cometerlas, no serían tan penables como por necesidad lo son en un maestro fisiólogo-filosófico como lo es el Zenit: para convenceros voy á referir un suceso de este sabio maestro que he oído relatar.

El Zenit es en alto grado aficionado á la caza, en lo que invierte indudablemente los ratos que su misión de maestro le dejan libre, lo cual, ni debemos criticar, ni menos tiene nada de particular, ni nos importa, más cuando muchos de vosotros tendréis igual afición. Sabéis también los que á la caza estáis inclinados, que el cazador, cuando de sucesos de cacería se ocupa, sino miente, por lo menos exagera hasta tal extremo las peripecias de una cacería, que el que algo los conoce, suele no creer mucho de lo que dicen.

Había un punto de sumo interés que resolver en la caza y que tocaba muy de

cerca á la zootecnia, y bajo ambos puntos de vista á nadie con más derecho correspondía darle satisfactoria solución que á un fisiólogo, zootécnico y á más diestro cazador; el caso era el siguiente: muerta una liebre, ¿puede decirse con entera seguridad, y sólo por el examen de los caracteres exteriores, á qué sexo pertenece? Á dar solución á este intrincado problema se lanzó Muley el Zenit con arrojo y con su intrepidez habitual; pero, por desgracia, con mala fortuna.

Decía el Zenit, con su acostumbrada petulancia del que todo lo cree saber y como parodiando anticipadamente la caería proyectada, lo siguiente:

«Vedme, en fin, en estas lomas y vericuetos de San Agustín, á seis leguas de Madrid y dos de Colmenar Viejo, al O. de la carretera de Francia, en este lugar que ha cansado tanto al genio, á la ciencia y á la inteligencia de todos los antiguos y modernos por espacio de más de tres siglos, por averiguar á primer golpe de vista á qué sexo pertenecía una liebre, como vengo yo hoy á satisfacer esa curiosidad del género humano, á lavar las afrentas que sufrían hace tanto tiempo los hombres de la ciencia, y á enriquecer la Zoología y la Zootecnia con un descubrimiento tan vivamente deseado por zoólogos, zootécnicos, cazadores y gastronómicos desde época remota.

»En los picos más elevados de estas montañas se levantarán gigantescas columnas (y no como las de Hércules) con una inscripción en la que se lea: *Viaje emprendido por Muley el Zenit á sus expensas y únicamente con un objeto científico, cual fué resolver á qué sexo correspondía la primer liebre que matara en esta memorable jornada. Para que la posteridad conozca al nuevo Colón y el mundo sabio actual lo acoja con entusiasmo y le dé la importancia que tan fausto suceso tiene.*»

Pero el tono ligero, vanidoso y petulante con que el Zenit describía á sus compañeros anticipadamente los sucesos del viaje, las aventuras romancescas que mezcló á la expedición, las dificultades que indicó que se le presentarían para conseguir su objeto científico y que para vencerlas le sería preciso emplear todo su hábil ingenio, dificultades que exageró hasta el extremo para hacer más importante su descubrimiento, hizo que en unos entrase el deseo de llegar al fin, en otros la curiosidad y en los más la duda; duda que, por mala suerte del Zenit, fué después confirmada por hechos tangibles y visibles, dando al traste con la supuesta ciencia y el problemático talento que el presuntuoso orgullo del rifeño abrigaba en su estoposo cerebro.

Los comensales deseaban con ansia que se presentase la ocasión propicia, que saltase de algún matorral un leporido que debía ser la víctima del plomo del Zenit y servir para su interesante descubrimiento, lo cual no dejó de impacientar por mucho tiempo á los cazadores.

Caminaba el rifeño por la ladera de una montaña de escasa elevación y cubierta de maleza, con el arma preparada y al brazo, cuando de pronto saltó una liebre de una espesa mata que el certero tiro del Zenit la volteó, sin que el roedor diese un salto más, cayendo extendida á pocos pasos del cubil. Los cazadores, al oír la detonación del arma, se dirigieron precipitadamente al punto donde habia sonado, y pronto rodearon al sabio Zenit, esperando oír al oráculo emitir su presagio; éste tenía la liebre cogida de las orejas, suspendida en el aire y examinando con gravedad y suma atención la cabeza y formas exteriores del leporídeo, mientras los cazadores, sumidos en un silencio sepulcral y fija la mirada en el rifeño y diestro

cazador, esperaban que hablara; de pronto, soltando la pieza y con el aplomo del sabio y la seguridad que presta para el caso la ciencia zootécnica, exclamó con voz imperativa: ¡macho! (como si dijese liebro) quedando los espectadores absortos de tanta ciencia. Nadie dudaba ya que la liebre muerta por el Zenit pertenecía al género masculino; y ¿cómo dudar de la afirmación de un hombre de ciencia, docto zootécnico y experto cazador? Eso hubiera sido inferirle el mayor de los ultrajes, más cuando los espectadores eran gente prudente y bien educada, y entre los que el rifleño pasaba por sabio.

Pero, por desgracia de Muley el Zenit, la pícara liebre que todos creían muerta, y que, tendida en el suelo miraban, unos con compasión, otros con envidia, por la gloria que con tal suceso alcanzaría, y los más esperando el momento de introducirla en su estómago, con gran sorpresa de todos, dijo:

—¿Qué te he hecho yo, sabio Zenit, para que trates de matarme?

—¿Qué me has hecho, dices? Nada. Pero necesitaba una víctima en tu género zoológico, ya que las ranas me han dado un buen contingente, y debo, por ahora, dejar en santa paz esos batracios en sus pantanos, para con tu cadáver terminar la aureola de mi ya popular fama de sabio, y por tu mala suerte has tropezado con los plomos de mi escopeta; resignate á morir, que no todas las liebres tendrán la suerte de que su nombre llegue á la posteridad, compartiendo la gloria con el hombre de genio que ha descubierto el secreto de vuestro sexo.

—Me inspiras compasión, Zenit—respondió la liebre casi agonizando— porque mi muerte sólo puede servirte de descrédito, en razón á que al clasificar mi sexo, indudablemente te ha guiado el sitio de mi cubil, por aquello que los cazadores saben que el macho es menos

exigente en la elección de morada que la hembra, se cobija con más frecuencia debajo de las matas, en los cañaverales y sotos, en tanto que la hembra es más cauta en elegir su escondrijo; y tal vez por verme saltar de ese matorral de la ladera de esa montaña, has creído que era macho, lo que sin duda has confirmado más y más, examinando mi cabeza y mis hercúleas formas de marimacho, olvidandote que no hay regla sin excepción, y yo soy una de tantas; por esto te equivocaste lastimosamente al clasificar mi sexo, Zenit, porque has de saber que pertenezco al género femenino, lo cual pueden comprobar satisfactoriamente, y sin duda alguna, tus compañeros, después de mi muerte, para lo que les será suficiente practicar en mí lo que vosotros llamáis la autopsia cadavérica, viendo que en mi seno, ó en términos técnicos, en mi matriz, abrigo mis gazapos.—En esto espiró el animal.

El Zenit quedó sin saber lo que le pasaba al oír el relato de la moribunda liebre; los cazadores gritaban: ¡que se abra! ¡que se abra!

Se procedió en el acto á reconocer la liebre, y ¡oh desgraciado Zenit! aquella pieza de caza que el mortífero plomo de tu escopeta había privado de la vida y que clasificaste como macho, pertenecía al género femenino y contenía en su matriz el resultado de una cópula fecundante anterior: los fetos extraídos á la liebre tiró á pique la ciencia del rifleño, y los cazadores soltaron una estrepitosa y burlona carcajada.

En vista de tan inesperado suceso, el Zenit se puso mohino y amostazado, y estuvo á punto de emprender á palo seco á sus compañeros, como en otra ocasión, yendo también de cacería, lo quiso hacer con cierto guarda monte, que por cierto le salió aquello *de la criada respondona*; pero por si se volvía la tortilla, optó por seguir el camino más razona-

ble, y revistiéndose de prudencia, quedó satisfecho con decir:

«Esto no puede ser: la liebre que yo he muerto, en el acto de matarla, no hay duda que pertenecía al sexo masculino; era macho; sólo puede haber sufrido una transformación rápida de sexo, suceso muy frecuente en los lepóridos, de lo que os convenceréis oyendo lo que sobre esto dice el eminente zoólogo Doctor A. E. Brehm: *Aun en el siglo pasado creíase que la liebre era un animal hermafrodita, y había la convicción de que era capaz de cambiar de sexo á su gusto, es decir, de presentarse ora como macho, ora como hembra.* Y no hay duda que este perverso animal ha apelado á este medio para desacreditarme, de cuya burla yo le aseguro que me vengaré.»

A esta errónea y antigua idea tuvo que acogerse el Zénit para salvar su reputación de sabio, cogiéndose á ella como el náufrago se coge á una débil tabla para salvar su vida; pero al rifeño no le valió tal subterfugio, naufragó, y sus compañeros le contestaron quedando en la más silenciosa hilaridad.

Victima el Zénit de tan desgraciado suceso, debido á su modo ligero de juzgar las cosas, tuvo que resignarse á sufrir las burlas de sus compañeros de caza, renunciar á que en los montes de San Agustín se colocasen las columnas que debían recordar á la posteridad su gloria, y á más, la tribu de los *agowis*, que veneraban á este rifeño como á su ídolo, dejaron de sacrificar la ternera negra que en holocausto de la sabiduría del Zénit tenían costumbre de sacrificar anualmente, negándole desde ese día obediencia, y para más tormento del moruno, el dictado de sabio que, antes de conocerle bien, le habían dado.

Este revés de fortuna fué para el Zénit, al mismo tiempo que fatal, muy sensible para el orgulloso rifeño, que por una ligereza veía eclipsarse su buena

estrella en el momento que necesitaba que resplandeciese con mayor intensidad para obscurecer la del Hacha, viéndola ir á perderse en el espacio confundido entre los astros apagados y relegados al olvido.

Si este suceso hubiese sido en otro tiempo, Muley el Hacha es seguro que hubiera acompañado en su duelo á el Zénit, sintiendo tanto como éste el fracaso del sexo, hoy, por el contrario, estoy convencido que á el Hacha le embarga la alegría y goza con los pesares que sufre el que fué su mejor amigo; ¡cómo cambian los hombres, Sr. Espejo! Tal es la miserable condición humana.

El Zénit, por lo tanto, le vemos presa de una enfermedad que manifiesta el contraste trivial entre el orgullo, la soberbia y la locura. ¡Que Dios se apiade de él y lo conduzca por el camino de la virtud y el bien de la clase!

J. M.

SECCIÓN CIENTÍFICA.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO

DE LA HISTORIA NATURAL

Si la Historia natural no sirviese de nada útil en el mundo, es de creer que no por esto se olvidase completamente su estudio. Son tan maravillosos sus espectáculos, que necesario sería carecer de toda sensibilidad para que no embargasen por completo nuestros sentidos con un atractivo irresistible: de ahí que veamos á muchos sabios correr hasta los últimos límites del globo, sacrificar su fortuna, y arrostrar sin miedo y hasta con desprecio la horrible invitación de una muerte que, bajo sus más aterradoras formas, provócala entre las enfurecidas olas de los mares, ora trepando por

los riscos, precipicios y cataratas más espantosas, sumiéndose en las entrañas de la tierra por las horrendas bocas de interminables cavernas, y no vacilando aún en asomarse con serena frente en los infernales cráteres de los más horrosos volcanes. Y todo, ¿por qué? Por satisfacer el deseo natural de investigación, pasión digna del hombre, que siendo el primer movil de todos sus trabajos, es, por consiguiente, también el primer factor de sus productos y el instrumento primero con que ha logrado hacer tantas conquistas en los nuevos descubrimientos de las ciencias y en los secretos que á diario está arrancando á la madre naturaleza. La curiosidad del hombre es consecuencia de la mucha capacidad de su cerebro y la prueba mas cierta de su inteligencia; así es que los idiotas solamente y los estúpidos pueden sin ella vejetar, mientras que manifestándose ya desde la infancia, crece con la edad hasta formar un apetito ardiente é insaciable que no puede extinguirse, ni aun cuando el peso de los años nos hizo ya insensibles á todos los demás. Del mismo modo, demuestran mas ó menos curiosidad todos aquellos animales susceptibles de recibir alguna instrucción, tales como los monos, la zorra, el perro, el caballo, el elefante, los loros, urracas, etc., siendo tanto mas susceptibles de adquisiciones intelectuales, cuanto más viva sea aquella.

Esta curiosidad encontrará siempre alimento inagotable en los innumerables beneficios que la Historia natural exhibe á nuestra especie. La ilustración es un verdadero poder, y no tiene duda que las naciones más ilustradas son también las más fuertes: de ahí, y sólo de ahí, nace la prosperidad de Inglaterra y de Francia, de los Estados Unidos, etcétera, y la preponderancia que ejercen tanto tiempo hace en el mundo político; y de ahí es que la curiosidad bus-

cará y apreciará siempre con justo motivo los conocimientos por lo que ellos son en sí mismos, puesto que dan el imperio á este debil animal que fué arrojado, desnudo y sin defensa sobre la tierra, constituyendo el más baladí de todos los vivientes.

Para que un estado prospere y se haga rico por medio de la agricultura, del comercio y de las artes, es necesario fomentar en él constantemente el amor de los conocimientos naturales, de estas ciencias bienhechoras del género humano, que le enseñan á aliviar sus dolencias, que le acompañan en todas las épocas de su vida, que le visten, le calientan, le alimentan y proveen finalmente á todas sus necesidades y placeres. ¿No prosperaría más nuestra agricultura si se estudiara con el más escrupuloso cuidado lo que conviene á tal ó cual parte, lo que piden los terrenos secos y ventosos, lo que las tierras succulentas y abrigadas, lo que exige un suelo arenisco y pedregoso, y lo que una tierra arcillosa, blanda, movediza ó fuerte? El cultivo acertado de los vegetales depende siempre del conocimiento de los mismos y de los terrenos en que crecen en su estado natural: porque no hay ninguna que no se presente á los ojos del observador espontáneamente en alguna parte del globo. Y tanto es así, que con saber que el lino es originario de los terrenos inundados del Egipto, aprendemos que aquellos lugares que fueron pantanosos son los que más pueden convenirle. El trigo, por ejemplo, necesita de tierras fuertes y arcillosas, el centeno prefiere los fondos pedregosos, la cebada quiere un suelo movil, la avena gusta del arenisco. ¿Y por qué no se han de hacer tentativas para aclimatar mil vegetales preciosos en nuestros terrenos? Mentira parece, pero si nuestros antepasados no hubieran sido sumamente diligentes en apropiarse y propagar en su

patria los innumerables vegetales de conocida utilidad en países extranjeros, tal vez careceríamos aún de los frutos más deliciosos y de las plantas más apreciables.

El gran Lúculo no se olvidó de traer á Italia el cerezo desde Cerasunto, entre los despojos de Mitrídates. Pompeyo regaló á Europa las camuesas y otros frutales; de Armenia vinieron los albaricoques, los melocotones de Persia, y las granadas de Cartago. El cultivo de las palmeras, algarrobos y nopales, del zumaque, alcaparras, berengenas, sandias, melones y otras mil plantas, lo extendieron entre nosotros los Sarracenos. Los portugueses nos trageron los naranjos, cuyo fruto aún conocemos con el nombre de la China; y por último, la pita, el pimiento, las batatas de Málaga y las patatas, son fruto de las conquistas de Méjico, así como también lo son la del Perú el mastuerzo de Indias y el arbol de la falsa pimienta; y los tomates, el maiz, pasionarias, hierba carmuín, etcétera, etc., de la de varios puntos de América.

A Witsen debemos el que el café no sea todavía tesoro exclusivo de los árabes, y los árboles del clavo de especia y de la nuez moscada no se hubieran propagado por los franceses en las islas de Francia y de Borbón, en la Guayana y otras partes, sin los preciosos conocimientos de la Historia natural.

Y si el estudio de tan bella ciencia estuviese tan propagado entre nuestra clase, como sería de desear para el bien de España, y el gobierno de esta desventurada nación nos protegiera, ¿no se habrían podido aclimatar ya en los diferentes puntos de nuestro benigno y feráz suelo los preciosos árboles de leche ó el palo de vaca de Humboldt, y el lía lía, así llamado, según Smith, por los naturales de Dimerari, los extraordinarios aguacates, marañones, mangos, ma-

meo, piñas, zapotes, guayabas, caimitos, etc., los árboles de cera, las rimas ó árboles del pan, los de la malagueta ó pimienta de Tabasco, fruto llamado toda especia, el mangostán de las Molucas que lleva la fruta más suave y delicada del universo, los deliciosos clinimoyos del Perú, los plátanos de Canarias, la preciosa vainilla, el cunasirí, árbol corpulento y aromático, y otros que sería prolijo enumerar? Los aguacates han fructificado en el reino de Valencia. Ya se conocían en Europa algunos individuos de este maravilloso vegetal; pero no se habían conseguido semillas de él respecto de ser monoico y estar separados los pies hembras de los machos; hasta que, por último, el Dr. Craham, director del Jardín Botánico de Edimburgo, ha conseguido que llegasen á debida madurez los frutos de algunos individuos hembras, acercándolos á un hermoso pie macho de quince pies de elevación que posee en su jardín; y habiendo sembrado las simientes, dieron perfectamente, echando hermosos tallecitos, que por su fácil multiplicación prometen enriquecer á Europa con este admirable producto de la naturaleza.

¡Qué inagotable manantial de riqueza nos procuraríamos con tan preciosos productos vegetales!... España debe la introducción del Sen al célebre Dr. Salvador, que lo cultivó por primera vez en su jardín de San Juan de Espí, cerca de Barcelona, y este cultivo, extendiéndose maravillosamente después, pudo ahorrarnos el crecido gasto que nos ocasionaba su importación de Oriente, sin que por esto fuesen sus virtudes más activas que las del nuestro.

¿Hemos, pues, de aprovecharnos de las inmensas riquezas que pródiga nos ofrece la naturaleza? No desdeñemos su estudio. Tenemos mil preciosidades, debidas todas á las ciencias naturales, que podemos aún apropiarnos de otra infini-

dad que, cual las vicuñas, las cabras de Angora, la cochinilla y la pimienta, que aunque las conocemos no las explotamos. Fuimos á buscar los pavos, y todavía podemos traer los pacos ó llamas, los camellos, las cebras, el bisonte, los camellos, y cien otros animales de no menor utilidad en su respectivo ser. Al hombre le toca buscar y aprovechar para sus múltiples necesidades lo que la naturaleza le presenta.

Todos los productos de la naturaleza poseen propiedades utilísimas, y de cuyo conocimiento puede sacar el hombre toda suerte de ventajas, ya sea directamente en beneficio suyo y de los seres que le prestan sus servicios, ó ya indirectamente para exterminar los animales dañinos, precaverse de lo que puede molestarle, apartar lo perjudicial y lo nocivo, curar sus dolencias y mantener el equilibrio en que estriban su prosperidad y bienestar y sus riquezas.

Hé aquí el verdadero principio de la lucha por la existencia que Roberto Maltus nos enseña, basado siempre en el estudio de las leyes naturales. Todos sabemos que los venenos mismos tienen su utilidad muchas veces, además de que dejan de serlo para toda suerte de animales.

La cicuta, tan temible para el hombre, forma un alimento delicioso para las cabras, que buscan igualmente con placer la reina de los prados (*spiræa ulmaria*) en extremo aborrecida de las vacas; y las flores de sauco, medicinales para nuestra especie, matan á los pavos, lo mismo que las vayas á los pollos que la hubiesen comido. El hombre come el peregril impunemente, mientras que para las aves es un activo veneno; y según algunos observadores, también lo es para el caballo. Nosotros no lo hemos observado. Los perniciosos eléboros; los fatales estrigineos, cicutas y mandrágoras, los virulentos solanos y el opio destruc-

tor de la vida; el plomo y el marasmódico mercurio, el antimonio, el insidioso cobre, el oro, tantas veces enemigo del hombre, el funesto arsénico, y otras mil substancias á cual más temibles, han pasado á enriquecer la terapéutica, preséntandose á porfía para combatir toda suerte de enfermedades, y servir al hombre de armas poderosas para arrollar al mal que se presentara bajo las más aterradoras formas. El acónito se usa para envenenar á los lobos, que temen poco á los demás venenos y á los cuales nada hace el mismo arsénico; y, sin embargo, los caballos comen de esta planta sin que les incomode lo más mínimo.

El turón, que tantos perjuicios ocasiona al labrador, se puede fácilmente exterminar dándole á comer guisantes que se hubiesen puesto en infusión en un cocimiento de eléboro blanco; las comadrejas y las fuinas, de las que hablaremos en artículos sucesivos, son atraídas por el agárico puesto en los lazos en que deben ser presas, y la hierba gatuna y el maro á los lobos cervales ó linceos; y, finalmente, se emponzoña y destruye á los jabalíes, que devastan los campos por medio de la pimienta.

Los insectos, á pesar de lo despreciables que le parecen al vulgo, debería el hombre estudiar su Historia natural con el más escrupuloso cuidado. Sus instintos, las más de las veces nocivos y perjudiciales, nos ponen en la necesidad de buscar medios para combatirlos; y ¡ojalá que estuviésemos en estado de poderlo hacer siempre con ventaja y seguridad! Sólo cuando un enemigo es temible deja de ser despreciado. ¡Caprichoso destino el del hombre! Absoluto dueño de todos los animales, sujeta fácilmente á los más robustos, y es víctima de sus menores esclavos; abate la ferocidad del león, domina al orgulloso elefante, secuestra al feroz tigre, humilla al poderoso y mal intencionado oso blanco, desprecia á la

hiena, al leopardo, al ocelote, etc., etcétera; y es víctima casi siempre de un insignificante sér microscópico.

La pululación de los insectos excede, sin duda, los límites de nuestra imaginación. Una insignificante mariposa pone, al menos, tres ó cuatrocientos huevos; y la abeja hembra, ó la reina, desde treinta á cuarenta mil todos los años. Lionet dice que hay ciertas moscas vivíparas que ponen de una sola vez veinte mil crías; de manera que, suponiendo que de ellas las diez mil sean hembras y produzcan cada vez igual cantidad, tendremos en un verano, al cabo de tres generaciones solamente, una prole de dos mil millares de millones que proceden todas de una sola. En pocos días se verifica esta reproducción espantosísima; pone una mosca sus huevos en un cadáver; á las pocas horas se han convertido en gusanos si la estación es calurosa, luego se transforman, y hé aquí una nube de moscas dispuestas á hacer lo propio y á producir una multitud de gusanos que devorarían la naturaleza entera, si ésta no tuviese medios para destruirlos instantáneamente.

Los aradores y piojos se multiplican de la misma suerte con una profusión verdaderamente asombrosa; de manera que varias personas, hasta de las que disfrutan elevadísima posición, no han podido verse libres de semejante plaga á pesar de todo su poder. En la phthiriasis ó enfermedad pedicular, hay tal degeneración de humores linfáticos, que á beneficio del inagotable pasto que estos insectos encuentran en el cuerpo del miserable enfermo, se propagan horrorosamente debajo de la piel, penetran en el tejido celular subcutáneo, y establecen enormes colonias en las profundas úlceras que allí forman. Herodes I, Antíoco el Ilustre, y Felipe II fueron miserablemente devorados por los piojos, no hallando medio con qué defenderse de

ellos, hasta perecer en los más atroces tormentos.

No hay cuadrúpedo, ni ave, ni pez, y tal vez ningún insecto, que esté libre de estos nocivos parásitos. Las garrapatas de los perros, los ricinos y piojos de las aves, las mitas del queso y de varias plantas y animales, los diminutos aradores que minan cruelmente las carnes y se abren largos corredores debajo de la epidermis, y otra multitud de razas que se multiplican en ciertas enfermedades cutáneas, abriendo úlceras para deponer millares de huevos en ellas.

Nos sería imposible hablar de la innumerable multitud de parásitos que no solamente se propagan en lo exterior de los animales, sino que penetran en lo más interior de sus vísceras; y como de esto tenemos que hacer un estudio muy detenido para que pueda reportar alguna utilidad á nuestros queridos compañeros, lo dejaremos para otro día, seguros de que lo han de apreciar, pues así lo desea este que les quiere,

J. F. y G.

Olot 12 de Mayo de 1890.

ECONOMÍA RURAL

(LECCIONES DE M. LOSSON)

Continuación.

Alimento de los animales.

A las diferentes aplicaciones del capital circulante se han de añadir los fondos necesarios para la compra de otros animales. En cuanto al alimento de éstos, la cuestión ha sido bien estudiada en varias naciones de Europa.

Los conocimientos acerca de la alimentación racional son de la mayor importancia para el desarrollo de la industria, así como el empleo de sus numerosos residuos. Los precios altos que tienen en las ciudades los henos y las pajas,

han obligado á los agricultores á buscar otros recursos alimenticios más baratos y adoptar el empleo de los abonos químicos.

La exposición de la teoría de la alimentación racional pertenece al curso de zootecnia. Resulta de las reglas establecidas que la mayor parte de los agricultores y ganaderos, en sus presupuestos anuales, deben reservar una cierta cantidad (dinero ó productos) destinada á la alimentación del ganado. El arte de prever, que es una de las principales cualidades del verdadero agricultor, desempeña un papel muy importante, principalmente en los años de escasez, cuando el valor de los productos puede aumentar considerablemente, y esta prudente previsión proporciona realizar en muchos casos pingües ganancias. En los países muy adelantados, en cuanto al cultivo se refiere, el hambre no llega á ser temible ni para los animales ni para el hombre.

Con relación á los animales no hemos alcanzado todavía esta seguridad; pero poseemos más ganado del que podemos consumir, y la mayor parte del que producimos no es á propósito para la exportación (1). Los animales viven en plena libertad; mueren á millares, porque los auxilios que se les prestan son completamente nulos; nuestras ciudades no los protegen en la y en la aparición de enfermedades epizooticas somos impotentes para combatirlos.

Sin embargo, se modifica poco á poco nuestra situación; el valor de la tierra sube y los animales mejorados, consecuencia obligada de esta subida de precios, forman desde hoy un capital muy importante para que nazca el espíritu de previsión y que nos acostumbremos á no entregar más, sin librar nuestro ganado de las epizootias, sequías, hambre y de

todas las fuerzas destructivas de la naturaleza.

Luego tenemos desde ahora que inscribir en nuestro presupuesto y que pedir á nuestro capital circulante las cantidades necesarias para sembrar, cultivar, cosechar y conservar maiz y alfalfa. Tenemos que prever los gastos de hennaje y de puesta en parvas; luego vendrán los gastos de ensilaje, las mejoras emprendidas para transformar las praderas actuales en *guadañables*, los cultivos de plantas forrajeras, las compras de granos y los residuos industriales, etcétera, etc.

La cria de los caballos de carrera y de lujo desarrolla ya el cultivo de la avena y el uso de los *mask* para los potros. Los toros, los morruecos y las vacas de raza pura reciben una ración suplementaria, algunos cabañistas dan tortas á las hembras de cria y á los corderos mejorados; las provisiones de alimentos desempeñan ya entre nosotros un papel que irá en aumento con la subida del valor de la tierra y de los productos vegetales y animales, con el aumento de la población y el desarrollo de la industria.

Compras de semillas.

El cultivo, que ocupa ya una gran extensión de nuestros campos y que no puede menos de aumentar con la inmigración é instalación de las industrias agrícolas, tiene necesidad de gran cuidado para procurarse buenas semillas y escojer cuidadosamente las mejor aclimatadas y más productivas en cada región.

La influencia de la raza en los resultados de la cosecha es en muchas ocasiones patente y poderosa. Aquí teneis, por ejemplo, algunas cosechas comparadas, obtenidas en el mismo terreno, con iguales labores y los mismos abonos:

(1) El autor se refiere á la República Argentina.

VARIETADES.	QUINTALES MÉTRICOS POR HECTÁREA	
	Granos.	Paja.
1 Square-Head.....	34'71	57'70
2 Hickling.....	33'67	60'00
3 Dattel.....	31'79	58'86
4 Burdaos.....	30'48	48'00
5 Lamed.....	30'33	61'66
6 Australia.....	30'20	73'21
7 Blood Red.....	30'18	57'80
8 Seto.....	29'57	65'00
9 Galand.....	27'19	56'35
10 Ateph.....	26'14	78'74
11 Galdrendrop.....	25'86	62'32
12 Poulard blanco liso.....	25'39	41'00
13 Zelandia.....	25'21	58'82
14 Hunter white.....	24'45	68'52
15 Blanco de Flandes.....	21'02	38'32
16 Victoria.....	19'97	52'50
17 Chiniddam de Otoño.....	18'31	38'23

Esta clasificación no es absoluta, pero sí relativa; cada agricultor tiene que determinar, por medio de experimentos directos, las semillas más adecuadas á sus campos. M. H. de Vilmorin dice:

«Lo mismo que entre los animales, hay también entre las plantas razas más ó menos perfeccionadas que corresponden á los diferentes grados de progreso en el cultivo. Algunas rústicas, sobrias, poco exigentes, se aprovechan de las tierras más malas y permiten sacar de ellas todo lo que pueden producir: son instrumentos preciosos; merced á su ayuda logra uno hacer poco, pero siempre algo, con casi nada.

Otras, al revés, muy hambrientas de abonos, muy exigentes, incapaces de resistir la miseria y escasez, con su recompensa, las solas que puedan sacar de las tierras muy fértiles los rendimientos excepcionales en que debe tener siempre fija la vista de los que practican el cultivo intensivo con sus gastos pesados. Entre esos dos extremos, se hallan numerosos grados intermedios. Procurad colocar los trigos buenos en las tierras áridas, los trigos pobres en las

fértiles, y de un modo ó de otro, el resultado conseguido será malo: en un caso no se cosechará nada, en el otro, la cosecha no pagará los gastos de cultivo.

Demostrado esto, es evidente que un agricultor inteligente no puede dispensarse de reservar un pedazo de terreno para los experimentos de semillas, y que el gran cultivo no puede adoptar ninguna raza de simientes que no haya sido experimentada primeramente, en pequeño, con método, serie y atención. Una explotación agrícola, sin campo de experimentos, equivale á un sastre sin metro.

Y, sin embargo, ¿qué hacemos? Ni los colonos, ni sus jefes saben el nombre ni la procedencia de las semillas y de las plantas que les da el propietario. Ni siquiera conocen el trigo, la avena, la cebada, el maíz mismo que cultivan, la viña que plantan.

¡Agricultura de azar! ¡Agricultura á tientas! Los riesgos procedentes de las intemperies, de las oscilaciones de los mercados, ¿no son ya bastante ruinosos para que cada agricultor digno de este nombre se esfuerce en sustraer al azar todo lo que puede quitarle?

En cuanto á la siembra, la hacen de una manera deplorable. Se emplea generalmente la máquina de al vuelo, y nadie se ha fijado en la profundidad á que se deben depositar las semillas. He oído decir por algunos colonos, que habían formado el proyecto de sembrar más profundamente á fin de encontrar más humedad. Si siembran demasiado profundo, las raíces se desarrollarán, pero la planta morirá sofocada antes de alcanzar el aire libre, esencial para su vida desde que salen los cotilidones. Se ha notado después de numerosos experimentos, que el trigo debe sembrarse á una profundidad que varíe entre 4 y 7 centímetros.

Aquí se hace la siembra, por lo general, tan mal, á profundidades tan desiguales, que unas plantas atrasan mientras otras adelantan, y la madurez se produce en las unas cuando apenas las otras acaban de salir de la tierra. Así va aminorándose en más de un 50 por 100 el valor de las mejores cosechas.

Una especulación de la que se sacarían grandes beneficios si fuese bien dirigida, sería la que estableciera un cultivo de plantas para las semillas en los parajes más ricos del Sud de la República.

El abastecer el país de semillas aclimatadas y escogidas sería un verdadero servicio nacional, y, á la vez, una ocasión de realizar una fortuna inmensa; pero tal operación tiene que empezarse y dirigirse con método y esmero. Es en el Sud donde debe establecerse esa industria de la producción de semillas, en la región más fría de la provincia, porque las plantas originarias de las regiones frías son siempre más precoces, pues, to que para brotar necesitan menos *calorías* que las de los países calientes.

La previsión, en cuanto á la cantidad de las semillas, debe corresponder á la extensión de la tierra; el modo de sembrar, el poder germinativo de las semillas, su grosor, etc., etc., como habeis tenido que aprenderlo en el curso de agronomía.

La siembra en líneas exige menor cantidad de simientes que las de á voleo, las con maquina, que las de á mano, etc., etc.

La influencia de la elección de las simientes, del tiempo que ha transcurrido después de su cosecha hasta su empleo, de su densidad, de los medios usados para exparcirlas, está puesta hoy fuera de duda por un número inmenso de experimentos positivos, cuyos resultados, previstos por el simple sentido común, han permitido transformar las reglas del

empirismo en leyes científicas indudables.

La parte del capital circulante destinada á las semillas tiene, pues, que ser suficiente para corresponder á las necesidades del presupuesto de las sembraduras que el agricultor no puede plantear con demasiado esmero.

(Se continuará.)

Enseñanza de la agricultura en las Escuelas primarias de Francia.

En Francia, como en España, se comenzó por disposiciones generales que dieron escaso fruto, aunque no tan escaso como entre nosotros. Pronto se vió el mal camino emprendido, y cambiaron de rumbo, aplicándose á estudios particulares en cada departamento, y dentro de cada uno, en las regiones distintas que pudieron encerrar. Me aseguran que en algunos, y especialmente en los del Norte, los progresos han sido rápidos. No me son conocidos personalmente. Por esta razón, me ceñiré al departamento de las Landas, que conozco *de visu*, y que, además, por varias circunstancias, puede servirnos mejor de enseñanza provechosa.

Bajo el impulso del inspector de Academia y del inspector primario (circunscripción de Dax), los maestros han comenzado á tomar el asunto en serio y á ocuparse de él con verdadero entusiasmo. Para demostrarlo, y al propio tiempo para que pueda servir de modelo, me parece que lo mejor que puedo hacer es dar cuenta de una reunión cantonal consagrada á este objeto.

El jueves 2 de Mayo, á las ocho de la mañana, conforme á un acuerdo tomado en la última conferencia pedagógica, se reunieron en Saint Vincent de Tyrosse, en una de las salas de la escuela de niños, los maestros del cantón, con el fin

de estudiar el asunto de la enseñanza de la agricultura en las escuelas primarias. He aquí el tema:

«¿Bajo qué forma y en qué medida se puede dar la enseñanza profesional agrícola en la escuela primaria?»

Después de una larga é interesante discusión, en la cual cada maestro tomó parte activa, fueron adoptados, por unanimidad, los siguientes acuerdos:

I. *Fin de la enseñanza.*—Desenvolver en el niño el gusto de los trabajos rurales, llevándolo, en consecuencia, á preferir la vida del campo á la de la ciudad. Socavar los procedimientos rutinarios, mediante la propagación de nuevos métodos de cultivo, y dar á los futuros labradores las nociones indispensables á un buen cultivador.

II. *Forma.*—Esta enseñanza debe ser oral, escrita y práctica, en los límites de lo posible. Lecciones de cosas, al alcance de los niños y relacionadas con las diversas cuestiones de la vida agrícola. Prescindir de toda palabra técnica y de toda expresión científica que pueda dañar á la claridad del asunto.

III. *Medida.*—Necesidad de un programa sencillo, en relación con las exigencias del medio en que maestro y alumnos se encuentran. Limitarse á lo esencial. Procurar hacer, no agricultores, pero sí labradores inteligentes, habituados á observar y deseosos de perfeccionarse en su oficio, para obtener de la tierra los mayores productos posibles, con los menores gastos posibles también. Hacer agricultura local y poner de relieve los puntos importantes, para evitar toda confusión y grabar los principales en el espíritu de los niños.

IV. *Medios.*—Utilidad, para el maestro, de una buena guía práctica de agricultura. Excursiones agrícolas, seguidas de pequeños trabajos escritos relativos á las mismas. Trabajos sencillos hechos por los niños en la huerta de la

escuela, bajo la dirección del maestro. Creación de campos municipales de experimentos agrícolas, ya que no un campo cantonal con útiles perfeccionados, donde los alumnos, con los maestros, y sobre todo con los padres, puedan apreciar la superioridad de los nuevos procedimientos y de las ventajas de los abonos químicos.

V. *Auxiliares.*—Ejercicios de ortografía, de red acción y de cálculo: lecturas explicadas y lecturas personales tocante á las cosas de agricultura y de horticultura. Organización de un sindicato agrícola cantonal. Concursos de labradores y de estímulo á la agricultura. Multiplicación de las conferencias agrícolas por el profesor especial del departamento y los particulares competentes en la materia.

Como se ve, en todo lo transcrito se revela un buen sentido y una excelente dirección, dignos del mayor aplauso. Todo ello es aplicable á España; porque si bien es verdad que nuestras escuelas carecen hoy las más veces de campo, también lo es que debemos aspirar á que lo tengan todas en un porvenir próximo. Además, y á pesar del desvío con que algunos municipios miran la primera enseñanza, hay otros muchos no tan indiferentes, y aun algunos la ven con predilección. Si los maestros saben mover su interés, quizás no les sea difícil obtener una pequeña tierra de labor para aquel objeto. Aun sin ella, puede hacerse mucho. La buena voluntad, en esto como en todo, es lo principal. Procuren entenderse con los hombres amantes del país, que no faltan en ningún pueblo, con los ingenieros agrónomos, etcétera. Estos y el ministerio de Fomento debieran tener en cuenta estas observaciones.

Hay en España una gran tendencia á crear Escuelas de Agricultura y costosas estaciones agronómicas de diferen-

tes clases. Nadie puede oponerse seguramente en principio; pero creo que serán estériles, si no nos dirigimos á la masa general; si no educamos á todos los agricultores; si no abrimos su espíritu para que observen con inteligencia, mediten sin prevención y acepten con buena voluntad los nuevos procedimientos más acreditados. Los ingenieros harán poca cosa mientras no tengan auxiliares que los entiendan y que, despegados de la rutina, estén dispuestos á ejecutar sus instrucciones.

La experiencia me lo ha enseñado. En alguna ocasión tuve que ocuparme de cosas agrícolas. Todos mis intentos de reforma se estrellaban contra el espíritu rutinario de los trabajadores. Unas veces se oponían resueltamente á mis órdenes. Otras, y estas eran las peores, aparentaban seguirlas de buena voluntad, y luego las mixtificaban, desacreditando la innovación. Era una lucha desesperada que acabó por agotar mi paciencia y mis fuerzas. Por eso escribí entonces (hace más de veinte años) un artículo, cuyo sentido era el siguiente:

No habrá reformas en la Agricultura española, mientras no comencemos por la Escuela primaria.

Me ratifico.

AGUSTÍN SARDA.

CONTINÚA Y CONTINUARÁ

Hace algunos días nos comunicó la prensa política, que en el pueblo de Canteras habían sido atacados de *triquinosis* un gran número de individuos, y deseando nosotros saber lo que hubiese de verdad en tan grave asunto, nos dirigimos á un compañero nuestro que nos digera con certeza lo que ocurría.

Efectivamente; gran número de personas del indicado pueblo han sido atacadas á consecuencia de haber comido

embutidos de un cerdo, que indudablemente estaría infestado de triquinas. Hasta hoy, sólo han fallecido cinco personas, en cuyos músculos ha demostrado la autopsia la existencia de aquel *nematode*.

Como consecuencia de este hecho sensible, se está formando causa criminal al dueño del cerdo, con cuyas carnes se confeccionaron los embutidos que tanto estrago han hecho en la referida población.

El fundamento del proceso se apoya en que el animal no se inspeccionó por profesor Veterinario alguno, antes ni después de sacrificarlo. Y como es probable que la matanza se hiciera en casa particular, como sucede generalmente en casi todos los pueblos rurales de España, no creemos justo que al vendedor de los embutidos se le haga responsable de un perjuicio ocasionado inconscientemente, y del cual sólo podemos lamentarnos por las desgracias ocurridas.

La falta de una disposición legal que prohíba la matanza fuera de los edificios destinados á este objeto, y la prohibición terminante de poderlo hacer sin previa inspección facultativa en ninguna casa particular, es el origen de estos males, que se repetirán en muchas poblaciones por la ignorancia de los habitantes, pues á trueque de ahorrarse una peseta, que serían los derechos que podría cobrar un inspector veterinario, rehuyen este requisito sin calcular sus funestas consecuencias.

Sólo la inspección obligada por las autoridades, imponiendo á todos los vecinos que sacrifiquen reses de cualquiera especie un reconocimiento previo antes y después de la muerte de aquéllas, evitará hechos del que nos ocupamos, y del que daremos más pormenores.

SUMA Y SIGUE

En la semana pasada se han examinado, según nos dice persona que lo ha presenciado, cuatro herradores de ganado vacuno, de los que uno fué suspenso, no sabemos por qué causa, pues estamos seguros que aquellos tres que *tuvieron la suerte* de ser aprobados no discreparían en la ciencia que demostraron un milímetro ó miligramo de diferencia.

Los concurrentes al Liceo Rius en la noche del 29 pasado presenciaron impasibles, al parecer, aquella infracción del Reglamento de que se habló con bastante calor en la referida reunión; pero después de las amenazas del *Herodes* de los estudiantes, y preocupados éstos con la proximidad de los exámenes, que no les deja tiempo para ocuparse de otra cosa, permanecieron mudos espectadores, considerando que, cuando transcurran tres ó cuatro años, han de encontrar á aquellos *licenciados* de castradores y herradores en sus respectivos pueblos con la categoría de veterinarios en el ramo para que están autorizados.

LISTA

de los profesores que no solamente no pagan sino que ni la cortesía les permite contestar á las cartas que se les dirigen.

Suma de la deuda anterior, 1.903 pesetas.

D. ALFONSO DIAZ JIMENEZ.—Albalá (Cáceres). Este compañero dejó una deuda de 34 pesetas por la suscripción y 4 pesetas por «El Indispensable.» Total, 38 pesetas.

D. EUGENIO CALBARRO.—Casar de Cáceres (Cáceres). Debe 49 pesetas

por el periódico y 4 por «El Indispensable.» Total, 53 pesetas.

D. ANTONIO HUERTAS Y BARRERO.

—Alcuescar (Cáceres.) Por la suscripción dejó debiendo 39 pesetas, que son ya incobrables.

D. FRANCISCO GOMEZ GARCIA.—Ahigal (Cáceres). Este, *paisano de los anteriores*, debe 39 pesetas por la suscripción al periódico y 31 por el «Diccionario» que forman un total de 70 pesetas.

D. JUAN CIVANTO.—Trujillo (Cáceres). Este es otro *tramposo* del periódico, al que adeuda 36 pesetas.

D. MACAVEO SANZ.—Villaverde de Morjina (Burgos). Dejó una deuda de 47 pesetas.

D. FRANCISCO GUIJARRO.—Fuentelísandro (Burgos). Debe por la suscripción al periódico 65 pesetas.

Total de la deuda, 2.251 pesetas.

(Se continuará.)

Con la cantidad á que asciende hasta hoy publicada por Profesores que olvidan sus deberes, tendría esta Administración fondos bastantes para cubrir atenciones sagradas, y todos viviríamos con la conciencia tranquila.

MADRID, 1890.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE TOMÁS MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.